

DE GARCÍA JIMÉNEZ A LOS ALBRET: LOS ORÍGENES Y LAS POSTRIMERÍAS DEL REINO DE NAVARRA EN LA NARRATIVA HISTÓRICA DE NAVARRO VILLOSLADA

Carlos Mata Induráin¹

RESUMEN: En este trabajo comento la imagen de la historia de Navarra que se refleja en la narrativa histórica de Francisco Navarro Villoslada (Viana, 1818-1895), en concreto en dos momentos importantes: el nacimiento del reino pirenaico en el siglo VIII y la pérdida de su independencia en el siglo XV, hechos históricos que el literato interpreta desde sus personales claves ideológicas.

ABSTRACT: In this paper is analysed the image of the history of Navarre reflected in the historical novels of Francisco Navarro Villoslada (Viana, 1818-1895), particularly in two important moments: the Pyrenean kingdom's beginning in 8th century and the loss of its independence in 15th century, historical facts interpreted by the writer according to his personal ideology.

PALABRAS CLAVE: Navarro Villoslada - Novela histórica - Literatura fuerista - Conquista de Navarra.

En el presente trabajo me propongo estudiar el acercamiento a dos momentos claves de la historia de Navarra, por parte de un escritor navarro, a través del subgénero de la novela histórica. En efecto, Navarro Villoslada aborda en su obra literaria —e interpreta desde sus personales claves ideológicas— tanto el momento del surgimiento del reino en torno al siglo VIII como el de la pérdida de su independencia en el siglo XV. En su novela *Amaya o Los vascos en el siglo VIII*, su obra más famosa, el escritor de Viana novela —y entremezcla con varias leyendas— los orígenes del reino pirenaico, con la elección de su primer rey. Por otra parte, en *Doña Blanca de Navarra*, además de referir la muerte de la Princesa de Viana, retrata la división interna en los dos bandos de agramonteses y beaumonteses, cuyas sangrientas guerras dejan al ya menguado reino navarro a merced de sus poderosos vecinos: Francia o Castilla-Aragón. Además, en un proyecto narrativo titulado *Pedro Ramírez*, que quedó inédito, pero que se conserva en su archivo personal, quiso ocuparse específicamente de la conquista de Navarra por los castellanos en el año 1512. El propio autor, en unas líneas que publicó en *Navarra*

¹ Universidad de Navarra.

Ilustrada en julio de 1894 (sumándose a las voces de protesta contra las medidas fiscales propuestas para Navarra por el ministro de Hacienda Germán Gamazo) confesaba:

Cómo se forman los reinos lo intenté demostrar en *Ama-ya*; cómo perecen y caen desolados, he querido hacerlo patente en una obra sobre la conquista de Navarra que, en mi intención, sería el complemento de aquélla, si Dios me hubiese permitido concluiría. Pero en esto no hay que pensar.

En efecto, por aquellos años Navarro Villoslada andaba ya muy quebrantado de salud y, aunque realizó un último intento por culminar esta obra hacia el año 1893, no pudo llevarla a término.

Esta circunstancia de ambientar sus novelas de tema local en dos momentos cruciales, los albores y las postrimerías del reino de Navarra, nos permitirá exponer algunas ideas sobre la interpretación que Navarro Villoslada dio a estos hitos de nuestra historia, esbozando de paso —de forma muy somera— la forma en que se refleja en esas obras la identidad navarra. Como es lógico, la interpretación que el de Viana ofrece de hechos y personajes no puede separarse de las circunstancias histórico-políticas y culturales de la época en que vivió: la primera guerra carlista, en los años 30, que marcó muy profundamente al espíritu sensible que era el joven Navarro Villoslada; la «Ley Paccionada» de 1841 por la cual Navarra dejó de ser reino para convertirse en provincia; las nuevas intenciones carlistas y su segunda derrota por las armas en los años 70, con la consiguiente ley de abolición de los fueros vascos en 1876; la aparición de un movimiento cultural vasco-navarro, que se plasmó en la Asociación Euskara de Navarra promovida desde Pamplona por Juan Iturralde y Suit y cuyo portavoz fue la *Revista Euskara*, etc. Ahora bien, al examinar los hechos históricos —o histórico-legendarios, en ocasiones— a los que Navarro Villoslada da cabida en sus novelas, no podemos olvidar tampoco que la visión que en ellas ofrece es la de un literato, no la de un historiador. En suma, hemos de tener presente que en el género de la novela histórica, que él cultivó preferentemente, lo sustantivo es *novela* (es decir, la parte ficticia, la inventada), mientras que *histórica* es la parte adjetiva. Será bueno no olvidar esta premisa para no juzgar con excesiva dureza los errores y anacronismos que, sin duda alguna, existen en las obras que en seguida vamos a comentar.

1. Navarro Villoslada y su obra. Datos esenciales

Como vengo haciendo en los distintos trabajos que he dedicado a Francisco Navarro Villoslada, uno de los primeros rasgos que quiero destacar de su figura es su carácter polifacético, ya que, además de literato, fue el ilustre vianés un importante político, propagandista y adalid de la causa carlista (fue tres veces diputado por Navarra, una más senador del reino por Barcelona y secretario personal, durante unos meses, entre 1869 y 1870, de don Carlos de Borbón y Austria-Este, Carlos VII). No debemos olvidar tampoco que fue un notabilísimo periodista, colaborador, redactor y director de importantes publicaciones del pasado siglo, como *La España*, el *Semanario* y el *Siglo* pintorescos, *El Padre Cobos* o *El Pensamiento Español*. En este periódico, adscrito primero al grupo de los denominados «neocatólicos», carlista a partir de la revolución septembrina del 68, Navarro

Villoslada puso toda su alma en la docena de años que media entre 1860 y 1872: fue él quien sostuvo con su pluma, durante mucho tiempo, la parte editorial y la sección de «artículos de fondo», con colaboraciones casi diarias, y desde 1865 fue además su director y único propietario.

Entrando ya en el terreno de la literatura, Navarro Villoslada es conocido fundamentalmente como novelista histórico por sus novelas *Doña Blanca de Navarra* (1847), *Doña Urraca de Castilla* (1849) y, sobre todo, *Amaya o Los vascos en el siglo VIII* (1879). Se le puede incluir, junto a Cánovas del Castillo, Amós de Escalante o Castelar, en una segunda generación de románticos que cultivan una novela histórica seria y documentada, casi erudita. Sin embargo, escribió obras pertenecientes a otros géneros, prácticamente a todos los cultivados en su momento: novelas folletinescas (*El Antecristo*, *Las dos hermanas*); una novela de costumbres, pseudoautobiográfica (*Historia de muchos Pepes*); cuentos («El remedio del amor», «La luna de enero», «Mi vecina», «Aventuras de un filarmónico»), leyendas históricas («La muerte de César Borja», «El castillo de Marçilla»); artículos costumbristas («El canónigo», «El arriero», «La mujer de Navarra»); comedias (*La prensa libre*, *Los encantos de la voz*); un drama histórico (*Echarse en brazos de Dios*); el libreto de una zarzuela (*La dama del rey*), a la que puso música Arrieta; un ensayo épico (*Luchana*); y un puñado de composiciones líricas, dejando aparte biografías, traducciones y obras de propaganda política. A todo esto hay que añadir los trabajos inéditos que se guardan en su archivo², conservado hasta hace poco tiempo por sus bisnietos, los Sres. Sendín Pérez-Villamil, quienes en 1995, coincidiendo con la conmemoración del centenario de su muerte, decidieron cederlo a la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra.

2. Los orígenes del reino: Amaya o Los vascos en el siglo VIII

Pero entremos ya en la materia que ahora nos ocupa. Como acabo de recordar, Navarro Villoslada había publicado sus dos primeras novelas en la década de los 40 de la pasada centuria: *Doña Blanca de Navarra* en 1847 y *Doña Urraca de Castilla* en 1849. Estas dos obras venían a situarse en el contexto de la novela histórica romántica española, cuya gran década fue la que va de 1834 (*El doncel de don Enrique el Doliente*, de Larra; *Sancho Saldaña*, de Espronceda) a 1844 (*El señor de Bembibre*, de Gil y Carrasco). Después, ocupado como estuvo en las estériles luchas políticas y periodísticas, de las que salió profundamente desencantado, hubieron de pasar casi treinta años hasta que volviese a dar a las prensas una nueva novela histórica. Esa su tercera novela fue *Amaya*, que se publicó primero en el folletón de *La Ciencia Cristiana* entre 1877 y 1879; luego, en ese último año, una vez acabaron de salir las últimas entregas en la revista dirigida por Ortí y Lara, la publicó en forma de libro, en tres tomos, la madrileña Librería Católica San José. La fecha de aparición de la novela no deja de ser importante. Recordemos que en 1872 Navarro Villoslada había roto con don Carlos cuando, en el mes de abril, el pretendiente al trono español ordenó alzar en armas a sus partidarios. El

² Algunas de esas piezas que quedaron inéditas, bien acabadas, bien en borradores sin terminar, son *El medio entre dos extremos o Ser esposa y madre fiel*, *Enamorar con peluca*, *Bajarse para triunfar*, *Un don Quijote al revés o Pródigo de sí mismo*, *El Mariscal*, *La Penitente* (todas ellas dramáticas), *La niña de la Azucena* (novela folletinesca) y el proyecto narrativo del *Pedro Ramírez*, al que luego me refiero.

de Viana abandonó entonces todos los cargos públicos en el partido, aunque no sabemos a ciencia cierta cuál fue su relación con el carlismo durante el tiempo que duró la contienda bélica. El propio archivo del escritor, que tan copiosos datos ofrece para iluminar otros períodos de su biografía, no arroja ninguna luz sobre esos cuatro años, seguramente porque el propio interesado se preocupó de que así fuese. Lo que sí sabemos es que, justo después de la derrota carlista en 1876, Navarro Villoslada se reintegra a la actividad literaria, escribiendo la que se ha denominado «la epopeya de Vasconia» o «la *Iliada* del pueblo vasco», que convirtió a su autor en «el Walter Scott de las tradiciones vascas», al decir del Padre García Blanco, o —con no menos pomposidad— en el «Homero del solar navarro».

Los estudiosos de la literatura costumbrista vasca del XIX y, más concretamente, de la literatura fuerista han destacado cómo diversas novelas y leyendas pseudohistóricas románticas vinieron a suplir la carencia de una historiografía del pueblo vasco³; en este sentido, *Amaya* se convirtió de alguna manera en la «historia», hasta entonces no escrita, de los primitivos vascos⁴. Los huecos dejados en blanco por la historia fueron suplidos con leyendas y tradiciones de mayor o menor antigüedad, cuando no con la fantasía de los literatos del momento. Y en *Amaya*, es indudable, hay mucho de fantasía, pues se remonta a una época sobre la que la historiografía decimonónica no conocía todavía demasiado. El propio autor lo explica en las palabras finales de su «Introducción»:

Al transportarnos en alas de la fantasía a tan remotas edades, sentimos en el alma la grata frescura de la virtud sencilla, del heroísmo espontáneo y modesto, del vigoroso amor patrio. [...] ¡Gloria a Dios, y lancémonos a las tinieblas de lo pasado por entre selvas seculares y monumentos megalíticos, sin más guía que frases de la historia, fragmentos de cantares, leyendas y tradiciones, a sorprender a dos grandes pueblos en el supremo momento de su implacable lucha, para ver cómo acaban unas edades y cómo empiezan otras (p. 12⁵).

Y en otro momento define su obra como «un centón de tradiciones éuskaras». Ahora bien, esto no quiere decir que los datos históricos estén por completo ausentes en *Amaya*; los hay, sólo que entremezclados con elementos legendarios y tradicionales. Podría decirse que lo histórico de la novela, más que en detalles y noticias concretas, ha de buscarse en la reconstrucción general de aquella época: el secular enfrentamiento de dos pueblos, godos y vascos, la descomposición interna del imperio visigótico, las asechanzas de los judíos peninsulares y, finalmente, la

³ Véase, por ejemplo, Antonio Elorza, «Sobre los orígenes literarios del nacionalismo [vasco]», *Saiaok. Revista de Estudios Vascos*, año II, 1978, n.º 2, 69-98; Jon Juaristi, *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, Taurus, 1987, y el capítulo «Vascomanía» de su más reciente ensayo, *El bucle melancólico*.

⁴ «El propio autor define *Amaya* como “un centón de tradiciones éuskaras”. Y, efectivamente, esos es, al menos en parte, *Amaya*: un compendio de tradiciones apócrifas, un híbrido de *leyenda y novela histórica*» (Jon Juaristi, *El linaje de Aitor*, 124).

⁵ Cito por la edición de San Sebastián, Ediciones Ttartalo, 1991. Más adelante, en nota en p. 278, alude a la «oscuridad histórica del siglo VIII» y en la p. 572 habla de «los tiempos de nuestra historia, dentro de cuya oscuridad sólo confusamente vislumbramos algunos personajes legendarios».

invasión musulmana. Pasajes concretos, como el de la decalvación de Ranimiro, presentan un gran sabor «arqueológico».

El argumento de *Amaya* es demasiado complejo, y no nos interesa ahora ofrecer un resumen del mismo. Para nuestro objeto, bastará con recordar que la acción se sitúa poco después del 711 y que culmina, unos años después, con la elección y alzamiento sobre el pavés del primer rey navarro, que es en la novela García Jiménez⁶, el esposo de Amaya. El archivo del escritor nos desvela datos interesantes sobre la génesis de esta novela. Al principio, Navarro Villoslada concibió un relato breve, titulado *El ermitaño*, que se centraba en la leyenda de Teodosio de Goñi: tenía como núcleo temático la penitencia del parricida involuntario en el monte Aralar. Sin embargo, nuestro novelista procedía por acumulación, y a esa trama inicial fue añadiendo personajes y episodios que complicaron el argumento e hicieron que la novela alcanzase al final una extensión mucho mayor que la inicialmente prevista. Como curiosidad, indicaré que el personaje de Amaya —la heroína que le da título— ni siquiera figuraba en las primeras versiones y, cuando aparece, lo hace con otros nombres como el de Helena⁷. Además, uno de los títulos manejados inicialmente era el de *Amagoia o La rebelión de los vascos*, que privilegiaba el papel de la sacerdotisa pagana, personaje trágico que muere fiel a las viejas leyes y a la antigua religión natural, justo en el momento en que todo comenzaba a cambiar a su alrededor.

Amaya es una novela, si no «de tesis», cuando menos «con tesis», tesis que puede resumirse, de forma muy sencilla, en la siguiente formulación: godos y vascos (sería más exacto leer 'vascones'), enemigos seculares, se unen para hacer frente a la invasión musulmana, ya que tienen al menos un elemento en común, la Cruz. De esa unión en torno a la religión cristiana nace el embrión de una nueva realidad política, la monarquía medieval española. La unión de ambos pueblos queda simbolizada en el matrimonio de los protagonistas, García, señor de Abárzuza y las Améscoas (que se convierte en el principal caudillo de los vascos, en detrimento de Teodosio de Goñi, inutilizado políticamente por su crimen), y Amaya, hija del tiufado Ranimiro, calificado en la novela como «el godo más godo de todos los godos» (si bien Amaya cuenta con sangre vasca, pues Ranimiro casó con Lorea, una de las descendientes en línea directa del mítico patriarca Aitor). En las líneas finales de la novela leemos:

No tuvo este nombre [el de «reino de Vasconia»] en los principios. Dedúcese de algunas palabras del libro de los Fueros que se llamaba *reyno de España*. Igual denominación debió de tener el de Pelayo, como en señal de que entrambos iban encaminados a la unidad católica, pensamiento dominante, espíritu vivificador y sello perpetuamente característico de la monarquía española (p. 677).

⁶ Indica que le sucedió en el trono Íñigo García Arista. En realidad, el primer rey navarro o pamplonés del que se tiene noticia histórica es Íñigo Jiménez Arista (824-852), que habría sido elevado sobre el pavés en los alrededores de la ermita de San Pedro, cerca de Alsasua; a éste le sucedió García Jiménez I (852-860).

⁷ Luego aprovechó el juego con el nombre de la protagonista y de Asier y la expresión vasca «Amaia da asiera», 'El fin es el principio': el fin de los viejos tiempos, de las viejas leyes, de la vieja religión es el comienzo de una nueva era en la historia de los vascos.

Este último párrafo es una modificación del que había escrito el autor al publicar la última entrega de la novela en *La Ciencia Cristiana*, como revela esta interesante nota que le dirigió su amigo Luis Echevarría:

«La unidad que ocho siglos después lograron afortunadamente los Reyes Católicos» me escarabajea muchísimo cuando no se refiere expresamente a la unidad católica y cuando se trata de una obra encaminada a enaltecer a los vascos y especialmente a Navarra, que perdió su independencia por medios de muy dudosa licitud que usó el Rey Católico. Temo mucho que esa última línea de *Amaya* hiera la fibra de independencia de los navarros. A mí me sorprendió y con alguno he hablado a quien le ha sucedido lo mismo. Alguna palabra que complete el pensamiento quizá sería conveniente.

Navarro Villoslada no echó en saco roto el consejo, y así, cuando *Amaya* se publicó en forma de libro desapareció la alusión a los Reyes Católicos, cerrándose la obra con la referencia más general a la unidad católica como principal característica de la monarquía española que queda transcrita más arriba.

En el pensamiento de Navarro Villoslada, son precisamente los vascos los verdaderos artífices de la unidad española⁸, y su caudillo García, el primer monarca de su historia, se convierte en el prototipo de caballero cristiano y rey español⁹. En unas cuartillas que se conservan en el archivo, entre la documentación histórica manejada para la novela, figuran los datos relativos a este personaje; en primer lugar, el autor anota lo que sabía de él por la historia: «García./ Historia./ Que era señor de Abárzuza y las Amescuas y que su padre se debió llamar Jimeno y se presume que debió ser nombrado rey en la peña de las Amescuas llamada *Corona de Navarra*.» A continuación añade el carácter con que lo quiere retratar en su obra: «Novela. 25 años. Carácter: el rey español»¹⁰. Este apunte nos muestra claramente el carácter arquetípico con que quiso dotar Navarro Villoslada a su héroe: el vasco García, al casar con Amaya (que mezcla sangre goda y vasca), se

⁸ Cfr. el significativo título del artículo de María Cruz Mina, «Navarro Villoslada: *Amaya* o los vascos salvan a España», *Historia Contemporánea*, Y, 1988, 143-62.

⁹ ¿Podría tratarse de un trasunto idealizado de don Carlos de Borbón, al que tomaría como modelo para alguno de estos rasgos? No es imposible. Recuérdese que Navarro Villoslada había escrito un famoso artículo, «El hombre que se necesitaba», que al decir de Aparisi y Guijarro ganó a millares de católicos para la causa carlista. En ese artículo presentaba a don Carlos como la única persona capaz de salvar a España y sacarla de la anarquía causada por la Revolución.

¹⁰ La nota sigue así: «Al principio, guerrillero, atrevido, terrible en la batalla; pero generosísimo con sus enemigos. Se hace por eso amigo de Pelayo, y entra en Pamplona donde conocía a Helena [=Amaya]. Se enamora de ella, haciéndola prisionera: los vascos la quier[en] matar porque es hija del tiufano Ranimiro, jefe de la expedición en que murió la hija de Amagoya. García la salva y se la devuelve a sus padres. Helena le ama; pero no se pueden casar porque el uno es vasco y goda la otra. / Pelayo lo quiere hacer Duque de Cantabria; lo rehúsa. Los vascos, rey; no lo quiere, y trabaja por Teodosio, de quien era amigo. Constanza le ama; pero aunque sabe que en su mano lleva un reino, no la quiere porque Teodosio la ama y él ama a Helena. Es partidario de la fusión y tal vez esta idea ha sido, sin saberlo, inspirada por su amor a una goda. / Al fin los acontecimientos le fuerzan a ser Conde o Duque de Pamplona; pero es todo para entregar la Vasconia goda a Teodosio. / Conde de Pamplona, todavía resiste al amor de Helena, por respeto a las preocupaciones de su pueblo, hasta que se descubre que Helena es hija de Amagoya».

convierte en el crisol para la unidad de ambos pueblos, cuyas posibilidades de aunar esfuerzos en un proyecto común resultaban poco menos que imposibles al principio: «Hoy, la luz y las tinieblas podrán antes unirse y amalgamarse que godos y vascos», señalaba Ranimiro (p. 43); más adelante insistía en que antes que estos dos pueblos harían las paces los lobos y los corderos. Sin embargo, las circunstancias harán cambiar la situación; la presencia del enemigo común actuará como revulsivo y servirá para que ambos pueblos se den la mano en defensa de la Cruz. El matrimonio de García y Amaya será el símbolo que marque el camino de la reconciliación, y esa unión de godos y vascos, de los dos pueblos cristianos, será la base de una nueva entidad política, la nación española, gestada y en embrión ya en pleno siglo VIII. Tal es, al menos, la interpretación, plenamente tradicionalista, que ofrece el novelista de Viana.

Navarro Villoslada retrata a los vascos de forma idealizada, reutilizando varios de los tópicos difundidos por la literatura fuerista. A lo largo de la novela se caracteriza al vasco como un pueblo sencillo, «escogido por Dios para muestra perdurable de pueblos primitivos»; los vascos tienen una misión providencial que cumplir —el providencialismo es un concepto que no se puede olvidar al hablar de las novelas de Navarro Villoslada—, una tarea que les ha sido especialmente encomendada por Dios: la de defender su independencia y, por añadidura, la independencia de España; de ahí que sean agresivos cuando se les molesta, pero pacíficos cuando se les deja en paz (véanse, por ejemplo, las pp. 95 y 130; Pelayo, en la p. 302, reconoce expresivamente: «Como enemigos, leones; pero corderos como amigos»). Es un pueblo lleno de virtudes: valor, honor, lealtad, constancia, justicia («Antes que la escualerría¹¹ están la justicia y la verdad», dice Teodosio, p. 187); reciamente aferrados a sus costumbres, rudos y bravos, los vascos aman la libertad (cfr. pp. 10-11, 15, 38...), pero tienen que vivir día y noche con las armas al alcance de la mano. Separados del resto de Europa por el idioma y las costumbres, les une a otros pueblos la religión cristiana (pp. 527-28). Siguiendo las enseñanzas de su antiguo —mítico— patriarca Aitor, han permanecido junto a sus montañas pirenaicas, porque saben que la riqueza corrompe; prefieren vivir pobres, pero libres, en sus abruptos valles a vivir ricos, pero esclavos, en las fértiles llanuras que tienen cerca. Como dice Ranimiro, «la patria de los vascos son los Pirineos» (p. 258), montes que han sido por siglos el baluarte de su independencia (pp. 204 y 357).

Además de indómitos, los vascos son altivos, como lo demuestran estas frases pronunciadas por García: «Nosotros sabemos morir, pero no aceptar humillación ni infamia» (p. 249); «No han de faltarnos campos en Vasconia para enterrar a los godos» (p. 285). Tradicionalmente han venido funcionando siempre de forma colectiva —como una federación de tribus—, sin personalismos, hasta el punto de que apenas se recuerdan los nombres de sus principales caudillos primitivos. Pero ha llegado un momento en que ven la necesidad de contar con una cabeza única, con un rey (cfr. especialmente las pp. 54, 190, 111-13, 133, 357, 389, 529-30 y 541), igual que sus vecinos los godos o los francos.

Siguiendo los patrones de la literatura fuerista, Navarro Villoslada ofrece una visión idílica de la vida en la Euskalerría: es un territorio arcádico donde no se conoce el crimen ni la mentira: «No hay entre los vascos un traidor ni un desleal», afirma Munio (p. 344). Pelayo reconoce, cuando los visita en el valle

¹¹ En la novela se emplea siempre esta variante de la expresión Euskal-erría o 'pueblo vasco'.

de Goñi, la sencillez patriarcal de sus enemigos (pp. 283-84¹²). Favila, que les había llamado «bárbaros» (p. 38), cambia de opinión tras escuchar las explicaciones de Amaya, y se convence de que son «gente pacífica que ningún mal nos haría si la dejásemos en paz» (p. 42). Una de las notas más destacadas con que aparecen caracterizados los vascos es la de su «santa independencia», su «amor salvaje a la independencia», «su nunca domada independencia» (otro mito difundido por el fuerismo vasco), amparados en su sempiterno baluarte de los Pirineos. Dice Eudón: «Dominadores del mundo he conocido; dominadores de los vascos, no» (p. 352). Navarro Villoslada señala como prueba de ello, en la «Introducción», la propia frase «Domuit vascones» que los cronistas atribuían a todos los monarcas godos: si todos tuvieron la necesidad de sujetar a los vascos, es que ninguno los logró domeñar por completo; de ahí que casi todos los reyes tuviesen que comenzar su reinado con una campaña en el norte (cfr. p. 10).

Es un pueblo aferrado a la tradición, tal como se ve de principio a fin de la novela; dice Ranimiro: «En el pueblo vasco no se extinguen nunca los recuerdos. Dejaría de existir esa raza si llegara a perder la tradición» (p. 39); y Amagoia: «En la casa de Aitor se conserva, como archivada, la ciencia y doctrina de nuestros mayores» (p. 638). Esto se refleja en el respeto a los mayores: «Ningún hijo de Aitor desobedece a sus padres» (p. 55); «Nosotros no somos nadie delante de la gente de más edad» (p. 207); «No hay nadie superior al padre entre los vascos» (p. 402). En cuanto a la religión, Navarro Villoslada se aleja un poco de la verdad histórica; en primer lugar, cuando afirma que los primitivos vascos fueron mono-teístas (otro de los mitos de los fueristas); así se refleja en el mandato dado por Aitor a sus hijos y sucesores: «Creed en un solo Dios remunerador y obedeced a vuestros padres» (p. 217). O como dice García: «Hay un Dios en el cielo y un pueblo vasco en la tierra», a lo que responde Miguel: «Eso es. Dios para disponer y nuestro pueblo para ejecutar» (p. 254). Sin embargo, los modernos estudios de antropología como los de Caro Baroja señalan que los primitivos vascos fueron politeístas. Otro error o anacronismo consiste en imaginar cristianizados a todos los vascos en pleno siglo VIII (su cristianización fue varios siglos más tardía, y no se completó hasta el XIII o el XIV, especialmente en las zonas más inaccesibles del territorio¹³).

Lo apuntado bastará para comprender que *Amaya* se convirtiera, para los sectores fueristas y tradicionalistas de las Cuatro Provincias, Navarra y las Vascongadas, en la gran epopeya del pueblo vasco, en la gesta de una raza primitiva, viril, acérrima defensora de su nunca domada independencia, en la más perfecta plasmación literaria de sus usos y costumbres tradicionales, de sus patriarcales e inveteradas formas de gobierno. Y como reconocimiento de su mérito, Navarro Villoslada, «Cantor de la raza vasca» —según se lee en la placa colocada en su casa natal—, fue elegido miembro honorario de la Asociación Euskara de Navarra. Hay en *Amaya* una visión idealizada del pueblo vasco, pero puesta al servicio de una idea conciliadora, integradora: los vascos son los artifices, en unión con los visigodos, de la nación española. En este sentido, puede resultar interesante desta-

¹² El patriarcalismo vasco está representado por las figuras de los ancianos Miguel de Goñi y Millán.

¹³ En algunos pasajes de la novela se habla de la antigua religión natural (pp. 47 y 209) y, particularmente, al describir las celebraciones de la noche de plenilunio (pp. 212-13), con la sacerdotisa Amagoia, personaje que simboliza y encarna el pasado pagano de los vascos.

car que los personajes que simbolizan la unión entre ambos pueblos antaño enemigos son los que hablan los dos idiomas: García y Amaya se expresan con igual fluidez en latín y en vascuence; y hasta Ranimiro chapurrea el vasco, al menos lo suficiente como para entenderse con Miguel de Goñi en su visita a Gazteluzar. Si la inexistencia de una historiografía vasca llevó a los literatos a forjar leyendas pseudohistóricas sobre Aitor, sobre Lekobide, sobre Andeca, sobre caudillos y batallas de un pasado remoto, de una antigüedad perdida en la noche de los tiempos, la *Amaya* de Navarro Villoslada contribuyó, de algún modo, a llenar ese vacío al narrar la «historia» de los orígenes de los vascos, su secular lucha contra los godos en defensa de su independencia y, según la tesis tradicionalista del autor, su integración dentro de unos ideales superiores: España y la religión católica. Y es que la exaltación de la libertad de los vascos, de la tradicional independencia de Vasconia no excluye, en modo alguno, el amor a España en autores, como Navarro Villoslada o Iturralde y Suit, que se enorgullecen de ser españoles.

3. Las postrimerías del reino: Doña Blanca de Navarra y el proyecto del Pedro Ramírez

Voy a comentar mucho más someramente estas otras dos obras, que constituyen una especie de complemento histórico de *Amaya*. De *Doña Blanca de Navarra*, me limitaré a recordar que su acción comienza a finales del otoño del año 1461 y culmina en 1479 con la muerte de doña Leonor de Foix, tras su infructuoso reinado de quince días. El marco histórico es la guerra entre los bandos navarros de beaumonteses (partidarios del Príncipe de Viana, don Carlos, y luego de su hermana, doña Blanca) y agramonteses (que apoyaron a Juan II, rey de Aragón y de Navarra). Ya desde la primera página del libro se alude a «las guerras intestinas en que estaba ardiendo a la sazón el reino de Navarra»; en el desarrollo de la misma adquieren notable importancia los dos personajes históricos que encabezaron ambos bandos: don Luis de Beaumont, Conde de Lerín, y mosén Pierres de Peralta, Condestable de Navarra, vasallo del rey don Juan. La novela describe con bastante acierto la situación de debilidad y descomposición interna a que las luchas banderizas han conducido al reino, ya bastante menguado en sus fronteras a mediados del siglo XV. Y en sus últimas líneas, Navarro Villoslada apuntaba ya la idea de escribir una novela que versase específicamente sobre la conquista de Navarra; en efecto, tras señalar que doña Catalina y don Juan de Albret, los últimos reyes privativos de Navarra, cayeron destronados por las tropas de Fernando el Católico, añadía: «Pero de estos sucesos hablaremos, con el favor de Dios, en otra obra».

Así pues, en la temprana fecha de 1847 el novelista vianés tenía ya en mente el tratar novelescamente los sucesos que culminaron con la pérdida de la independencia del reino. A lo largo de varias décadas realizó distintas tentativas por concluirlo, como demuestran los numerosos borradores conservados en su archivo. Al final no pudo hacerlo, como él mismo reconoció en las líneas que he citado al principio. Pero el mero hecho de dar vueltas a esa idea desde 1847 hasta 1894, casi cincuenta años, habla bien a las claras de la importancia que le concedía. Los materiales conservados —algunos capítulos redactados y notas que reflejan su trabajo de documentación histórica— forman un proyecto narrativo que podría titularse globalmente *Pedro Ramírez*, ya que tal es el nombre del personaje principal que aparece en todas las versiones. Los borradores de la novela se presentan bajo títulos diversos: *Doña Toda de Larrea*, *La madre de la Excelenta*, *El hijo del*

Fuerte, Los bandos de Navarra, Pedro Ramírez..., y una ordenación de los mismos permite afirmar que nos encontramos ante dos obras diferentes: las dos están ambientadas en tiempos de los Reyes Católicos, pero una en el año 1483 y la otra en 1512. La acción de la primera ocurre en Bilbao y sus alrededores y tiene como núcleo temático los amoríos de don Fernando con una dama bilbaína. Los primeros capítulos de la segunda redacción, la que ahora nos interesa por ambientarse en el momento culminante de la conquista castellana, se desarrollan en Viana (circunstancia que aprovecha el autor para introducir descripciones de su ciudad natal y la historia de la muerte de César Borgia), y luego la acción se traslada a Vitoria.

En esta segunda novela el autor hace intervenir como personaje protagonista al propio monarca navarro, don Juan de Albret, si bien se insiste en reiteradas ocasiones en que él es tan solo rey consorte, y que la verdadera propietaria del reino es doña Catalina¹⁴. Por desgracia, la novela queda truncada en el momento más interesante, interrumpiéndose la acción antes de que llegue a producirse la invasión de las tropas del Duque de Alba. En cualquier caso, el anhelo del rey castellano de apoderarse del reino de Navarra queda anunciado en varias ocasiones. En un determinado momento se habla de algunas posiciones fronterizas que retiene el Católico: «Pues no digo nada de los pueblos de San Vicente de la Sonsierra, Allo y Laguardia, que así los suelta don Fernando como su mano derecha». En este diálogo entre don Martín, el cura párroco de Viana, y el rey don Juan de Albret, se apunta la guerra contra Francia como un pretexto para la invasión de Navarra:

—He venido a tratar con vos —dijo el rey a su anfitrión cuando, despidiendo al sacristán, se quedaron solos— acerca de las cosas de mi reino que están...

—Muy embrolladas, muy comprometidas —murmuró don Martín concluyendo la frase.

—Por un lado, el rey don Fernando de Aragón y regente de Castilla, que intenta cruzar por Navarra para hacer la guerra ayudado por los ingleses al rey de Francia en la Guyena, y por otro el francés...

—Que auxiliado por los enemigos del Papa Julio II excomulgados por la Santa Sede quieren apoderarse de Navarra o, por lo menos, de vuestros estados de Fox y de Bearne al otro lado de los Pirineos.

—Esa es la verdad: so pretexto de esa guerra los dos quieren una misma cosa, mi reino, el reino de Navarra, y yo no sé qué hacer¹⁵.

Pese a tratarse de una obra inacabada, de la lectura de los capítulos conservados podemos entresacar algunas ideas acerca de la actuación de los Reyes Católicos en general y en particular en relación con Navarra. Así, ambos aparecen como los artífices de la unidad nacional, poniendo paz entre los bandos y uniendo los distintos territorios peninsulares. Fernando e Isabel no son ya reyes de Castilla

¹⁴ Y se le describe con un carácter irresoluto: «...no sabe ser rey, porque se ha empeñado en perder por sus aficiones francesas el reino que debe a su esposa doña Catalina. Pedro, veo a don Juan muy cerca del cisma y de la consiguiente excomunión en que han incurrido los cismáticos de la liga veneciana»; «Ni yo soy de Viana, ni siquiera navarro, y aunque lo fuese, me miraría mucho de servir a un rey que está a punto de entrar en la liga de los excomulgados por el Papa».

¹⁵ En otro lugar leemos que «el Duque de Alba es hoy el más poderoso de los ricos-hombres de Castilla; tiene plenos poderes del rey don Fernando y está reuniendo aquí todo lo necesario para emprender la guerra contra los franceses de acuerdo con Enrique VIII de Inglaterra, que acometerá a Bayona por mar».

y Aragón —explica Navarro Villoslada—, sino reyes de España. Ahora bien, imagino que aquí se le planteaba una dificultad a nuestro novelista: por un lado, ese proceder suponía la unidad de la monarquía nacional católica, idea central que exaltaba en *Amaya*, como he apuntado antes. La consecución de ese fin resultaba plausible para Navarro Villoslada, quien en su actuación pública como político y periodista fue un firme adalid de la causa católica como sustrato de la unidad nacional. Por ello, igual que en *Amaya*, presenta aquí una visión providencialista de la historia: los Reyes Católicos habrían sido enviados por la Divina Providencia para articular todos los reinos hispanos. Pero al mismo tiempo, la conquista y posterior incorporación de Navarra a la corona de Castilla en 1515, significaba el final de la independencia del Viejo Reyno, y nuestro autor no podía elogiar los medios más o menos maquiavélicos empleados por el rey Católico para lograrla.

Seguramente esa es la razón por la que en el *Pedro Ramírez* se destaca fundamentalmente la figura de doña Isabel, ángel de hermosura y de bondad, idolatrada por todos sus vasallos, en tanto que don Fernando queda en un segundo plano, subrayándose sí, su bizarría y su ardor guerrero, pero recordándose también de paso sus infidelidades amorosas (sobre todo en la primera redacción), circunstancia que rebajaría su categoría heroica. Así las cosas, tenemos que lamentar que el escritor de Viana no pudiera culminar esta novela sobre la conquista de Navarra, pues en los capítulos que le faltan a la fuerza hubiese tenido que ser más explícito e introducir sus reflexiones sobre ese hecho y sobre los personajes históricos que lo protagonizaron. Quizá hubiese logrado encontrar *el medio entre dos extremos* —jugando con el título de una de sus obras dramáticas—, es decir, la manera de conciliar esas dos ideas divergentes: por un lado, la pérdida de la independencia del reino navarro, cuyo nacimiento había cantado con aliento casi épico en *Amaya*, y por otro, la integración de ese territorio en un proyecto político superior que integraba a los distintos reinos hispanos. Sea como fuese, hemos podido ver cómo Navarro Villoslada utilizó el género de la novela histórica —que casi nunca es neutro— como vehículo para expresar sus ideas y sus convicciones ideológicas, interpretando desde su personal perspectiva el comienzo y el final del ciclo del reino de Navarra, su nacimiento en el siglo VIII y la liquidación de su independencia en el XV.

